

LA COMUNIDAD DEL ODIO

Nicolás Rodríguez Idárraga*

Resumen

A partir del estudio de obras literarias, el artículo ofrece una mirada panorámica de los hechos ocurridos en la denominada "época de la Violencia". Es una interpretación que busca complementar los trabajos adelantados por las ciencias sociales en materia de actores, comportamientos y razones para ejercer la confrontación. Se propone como eje conductor del trabajo, categoría analítica y componente central de las novelas evocadas, el concepto del odio como factor político. Tras un resumen y una breve contextualización de las novelas usadas, el artículo se pregunta por la función que juega el odio en la configuración de identidades partidistas y guerrillas de auto defensa. Encuentra que lo político, además de la violencia, pasa por la institución de comunidades cimentadas en el odio.

Palabras clave:

Odio, comunidad, política, confrontación partidista, identidad, violencia.

Abstract

Based on the study of some literary works, the article offers a panoramic view of the "years of the Violence". It is an interpretation that seeks to complement the work that has been done in the social sciences related to the actors, behaviors and reasons to be in confrontation. It is proposed as the analytic category and the central component of the novels evoked the concept of the hate as political factor. After a summary and a contextualization of the novels used, the article questions the role played by the hate in the configuration of party identities and the self-defense guerrillas. It finds that the politics, besides the violence, passes for the institution of communities founded in hatred.

Key words:

Hatred, community, politics, parties confrontation, identity, violence.

*La razón es, y sólo puede ser, una esclava de las pasiones,
y no puede pretender otro oficio que el de servirles
y obedecerles.*

David Hume, Disertación sobre las pasiones.

El estudio de la violencia política en Colombia ha producido un gran número de hipótesis académicas que intentan revelar su génesis y funcionamiento. Muchas de ellas siguen teniendo legitimidad aun hoy después de cruentos enfrentamientos e innumerables asesinatos. Así, se habla de una débil presencia estatal y una amplia deficiencia en la prestación de servicios de seguridad y de justicia por parte del Estado, de un cerramiento del sistema político, de una resistencia a procesos de reforma agraria, de una permanente inequidad en contextos de economía dinámica y en fin, otras posibles explicaciones al fenómeno de la violencia. Ahora bien, la violencia ha sido también tema de inspiración para los escritores colombianos hasta tal punto que generaciones enteras de novelistas han querido escapar a la influencia de la muerte en sus obras. En este trabajo se busca reivindicar la pertinencia de un concepto que la literatura ha querido priorizar como explicación a los hechos ocurridos: el *odio*, una noción que abarca un interrogante aun más extenso: ¿se hace política con *sentimientos*? A partir de la lectura de una serie de novelas que tienen por fondo la denominada época de la Violencia,¹ se pondrá a consideración la existencia del odio como filtro explicativo y capaz de arrojar nuevas luces para la comprensión de los móviles e inclinaciones personales de campesinos, guerrilleros y militares. Se pretende elevar el odio a la categoría de factor político y abrir el debate con respecto al tipo de comunidad que se crea sobre la base de su existencia.

Después de un breve resumen de cada obra, el ensayo intenta entonces responder a las siguientes preguntas: ¿qué visión del conflicto se maneja en la novela? ¿Quiénes son sus participantes y cuáles son sus intereses? ¿Cumple el odio con una función?

El odio: una rápida aproximación desde la psiquiatría

El odio ha sido tema de análisis para figuras del conocimiento como Aristóteles quien lo describe en su *Retórica* oponiéndolo a la ira, David Hume que lo retoma

1 En adelante se usará la *Violencia* con mayúscula para referirse al periodo histórico, y la *violencia* sin mayúscula para tratar el fenómeno.

* Estudiante de Ciencia Política de la Universidad de los Andes.

en su *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Freud que lo esquematiza bajo la conocida fórmula odio-amor hasta llegar entre otros muchos a Ortega quien amparado en la consigna freudiana postula en sus *estudios sobre el amor* una aproximación bastante cercana a la planteada por la teoría psiquiátrica contemporánea: “Odiar a alguien es sentir irritación por su simple existencia. Sólo satisfaría su radical desaparición.”² En la actualidad uno de los teóricos más comprometidos con el tema, Carlos Castilla del Pino, plantea que “el odio funciona como deseo de destrucción del objeto odiado.”³ Se ejerce con relación a un objeto y su finalidad primaria consiste en el desvanecimiento del mismo: “es una relación virtual con una persona y con la imagen de esa persona, a la que se desea destruir... el trabajo del odio es bidireccional: va desde el deseo a la acción, y a la inversa, desde la inhibición de la acción al mero deseo.”⁴ En síntesis, el odio se practica sobre un objeto que se quiere destruir; puede constituirse en una obsesión que dé lugar a actos violentos; juega un papel determinante en la creación de una cierta identidad. Y ¿por qué, para qué y cómo odiamos? Retomando a Castilla del Pino, odiamos porque un objeto se convierte en una amenaza para nuestra integridad, para nuestra estructura como sujetos; odiamos para preservar entonces nuestra identidad y lo hacemos de manera acumulativa hasta el punto en que la imagen de lo odiado se torna constitutiva de nosotros.

Maniqueísmo en el tratamiento de la época de la Violencia

Para empezar, ponemos a consideración dos novelas de corte testimonial: *Lo que el cielo no perdona*, de Ernesto León Herrera y *Viento Seco*, de Daniel Caicedo. Independientemente de sus escasos valores estéticos las dos narraciones se enfrentan al tema que nos ocupa: el odio como impulsor de las motivaciones de los personajes. En la novela- testimonio de León Herrera priman las descripciones de los hechos históricos ocurridos bajo el gobierno de Laureano Gómez. La persecución a los liberales es tema y sustento de la novela. El autor se centra en los episodios acaecidos en el occidente antioqueño para narrar la formación de guerrillas de la mano de míticos

personajes como Manuel Giraldo, Arturo Rodríguez, Aníbal Pineda, Jesús Emilio Arenas y Jesús Franco. Se retoman tristes sucesos de la época de la Violencia en Antioquia como la matanza en Urama, liderada por el mayor Rafael Mejía Toro y la cruenta lucha cotidiana contra la Policía conservadora en el pueblo de Cañasgordas. La novela está dispuesta para rendir homenaje al general Rojas Pinilla y las Fuerzas Armadas de Colombia, cuyos soldados son permanentemente descritos como patriotas salvadores al servicio de la libertad y justicia del pueblo. El autor identifica culpables e inocentes con apabullante facilidad: el partido conservador y sus ciegos seguidores del sector de la Iglesia católica constituyen el bando de los malhechores y se enfrentan a la guerrilla, grupúsculos menos perversos de lo que podría creerse en razón a su devoción religiosa y justa sed de venganza. Hay en el texto una clara afinidad hacia la formación y el accionar de las guerrillas que operan en Antioquia, entre 1949 y 1952, tras la arremetida conservadora contra el pueblo liberal. Para enjuiciar al partido conservador y embestir contra el gobierno de turno se describen minuciosamente las macabras acciones de la sanguinaria Policía y se las contrasta con las benévolas Fuerzas Armadas.⁵ Especular en torno al sentido de la guerra narrada sumerge inevitablemente al lector en una secuencia en apariencia lógica de causas y efectos: con Laureano Gómez se atacan liberales y de ahí surgen las guerrillas; éstas se enfrentan a la Policía y en general a los grupos de hombres civiles que atacan al pueblo por ser liberal; la guerra es brutal y en ocasiones los mismos guerrilleros no le ven sentido, incluso consideran como única salida la llegada al poder de las Fuerzas Armadas. En resumen, el exterminio de liberales se enfrenta con actos de autodefensa y justificada venganza. Identificar gradaciones de odio en esa mezcla de sentimientos que mueven a la acción, constituye en buena parte un objetivo claro de este trabajo. El odio conservador hacia el liberal y el odio del guerrillero hacia la Policía no pueden consistir en una misma cosa. La actitud del conservador revela la necesidad de eliminar la otredad; el accionar guerrillero se justifica desde sus inicios en la autodefensa, en la conservación de la vida. Los dos casos argumentan odio y si bien el resultado del

2 José Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, Madrid, *Revista de Occidente*, 1961, pág. 57.

3 Carlos Castilla del Pino, *El odio*, Barcelona, Tusquets Editores, 2002, pág. 13.

4 *Ibid*, pág. 25.

5 No está de más anotar que el libro es escrito un año después del golpe de estado propiciado por el general Rojas Pinilla (1954), de acá que en el momento las fuerzas armadas representen en efecto poco más que la salvación, son la esperanza de la paz y el fin de la violencia partidista.

enfrentamiento es el mismo (la muerte), la guerrilla y su reactivo sentimiento tienen una mayor razón de ser, un motivo real para sentir odio, inexistente en la actitud conservadora descrita por el libro. No obstante, más que odio haríamos bien en hablar de venganza, si se considera que el odio le es común a los grupos en contienda por razones diferentes. Así, habrá campesinos liberales que sienten odio por el asesinato de sus familias y sin embargo no llegan a concretar una verdadera acción punitiva contra los autores del crimen; por el contrario, los hay quienes logran encauzar ese odio en la dinámica de la guerrilla para hablar así de odio vengativo y colectivo. El inicio de una comunidad que se ejerce en la base misma del odio. Surgen una serie de preguntas cuya respuesta resulta crucial para el entendimiento de la época y sus actores: ¿en qué se basa el odio conservador hacia los individuos liberales? ¿Es justificable el ejercicio de la fuerza física bajo la bandera oscura de la venganza? ¿El odio colectivo tiene por fin la noción de revancha o se está desafortunadamente ante el inicio de una guerra no declarada, un enfrentamiento que no cesaría ante el asesinato de unos pocos individuos juzgados culpables?⁶ La novela de Daniel Caicedo se inicia en la región de Ceilán con la matanza y persecución de toda una familia. En el asalto, propiciado de manera macabra y sanguinaria por los pájaros, mueren los padres y la hija de Antonio Gallardo. Miserables y sin ánimos, Antonio y su esposa Marcela logran llegar a la Casa Liberal de Cali con la ayuda de don Andrés quien ofrece su apoyo económico al par de prófugos. Ya en la Casa Liberal, hogar de refugiados y víctimas de la persecución, el 22 de septiembre de 1948, los pájaros irrumpen nuevamente en escena e inician la histórica matanza. De ésta no escapa Marcela pero sí lo hace Antonio quien profundamente herido simula estar muerto y es arrojado a un río en compañía del resto de cadáveres. Un tiempo después, recuperado de las más inverosímiles heridas, Antonio se une a las guerrillas de Ansermanuevo que dirige Emilio Arenas con el único objetivo de vengar lo sucedido. El texto no tiene, como ya lo mencionamos, ningún mérito literario más allá de ser, según la crítica literaria, la primera novela en Colombia que trata sobre la Violencia. A pesar de su apego a los hechos históricos y la carencia de interpretaciones literarias, la novela es de sumo interés en

tanto rastrea las relaciones que se tejen entre el odio y la venganza. Los hechos narrados podrían situarse entre los años 1946 y 1950, dadas las referencias explícitas que se hacen de las elecciones. Como ocurre en la novela de Herrera, el objetivo último lo constituye el enjuiciamiento del partido conservador interpretado como la bandada de salvajes que llevó a Colombia al éxodo de sus campesinos y la sucesiva formación de guerrillas. Los liberales son a su vez esbozados como el grupo perseguido y maltratado. En su interior funcionan con la lógica filantrópica de ayuda mutua y practican en su mayoría el odio y la venganza como única salida al dolor ocasionado por los conservadores.

En Antonio el ejemplo es claro. Tras el desafortunado genocidio, odio y necesidad de venganza, se mezclan en el héroe hasta el momento en que la posibilidad de irrumpir en una guerrilla convierte el odio y la venganza en proceder metódico y calculado. Es así como la ilusoria noción del "ojo por ojo", a la que apela en el prólogo García, se revela incierta, en tanto Antonio se compromete ahora con una causa institucionalizando lo que denominamos odio colectivo con respecto a la obra anterior. Cada Policía es un recuerdo en la vida de un campesino. Unos se retroalimentan a otros compartiendo dolores que en principio les serían ajenos. Retomando a Castilla del Pino: "Somos, es decir, sentimos los mismos afectos, de amor y de odio, que aquellos con los que tratamos de formar una comunidad."⁷ No existe una válvula de escape que ayude a considerar el fin del odio. Antes todo lo contrario, se ejerce en comunidad y como tal no para de aumentar o por lo menos no disminuye. Asociar el odio con lo negativo y primario del ser humano constituye en casos como el anterior un desacierto. ¿Quién podría no sentir odio ante el asesinato de su familia? Esa es en últimas la justificación a la lucha armada que emana de los textos comentados. El odio no es allí un impedimento o, como respondió el escritor suizo Max Frisch en la entrevista sobre el tema, concedida a Alfred A. Hasler, "El odio de los oprimidos en el pasado, el presente y el futuro está justificado, es necesario. Sin odio jamás se hubiera asaltado la Bastilla."⁸

6 Algunos de estos interrogantes serán reformulados a la luz de otras novelas pero es de esperarse que no todos permanezcan sin una respuesta plausible.

7 Castilla del Pino, 2002, op.cit., pág. 34.

8 Max Frisch, "Tenemos que organizar nuestro mundo de otra manera", en *El odio en el mundo actual*, Madrid, Ed. Alfred A. Hasler, Alianza Editorial, 1969, pág. 44.

La violencia partidista en Caballero Calderón y Álvarez Gardeazábal: una visión diferente del maniqueísmo

Sin entrar a juzgar la veracidad de lo narrado por Herrera y Caicedo, es apenas necesario un registro menos partidista sobre la historia colombiana, de lo contrario no habrá más avances en la comprensión del odio, y el entendimiento de la época de la Violencia se limitará a una visión perfectamente maniqueísta del mundo en la que un color político carga con la responsabilidad total de lo ocurrido. A continuación exploraremos tres buenos esfuerzos por superar ese simplista análisis histórico: *El Cristo de espaldas y Siervo sin tierra*, de Eduardo Caballero Calderón y *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal.

El Cristo de espaldas narra la historia de un pueblo colombiano del páramo al que llega un joven cura, promesa del seminario de la capital, con la tarea de reemplazar al cura anterior. La acción de la novela transcurre en cinco agitados días en los que el cura pone a prueba sus conocimientos y principios religiosos. La trama se teje en torno al asesinato de don Roque, cacique conservador del pueblo que domina a su antojo al notario, al alcalde, al juez y demás encargados de la administración pública. Dados los nexos de Anacleto, hijo de don Roque, con los liberales alzados en armas de la mano de Pío Quinto, antiguo cacique del pueblo, se decide unánimemente declarar como culpable a Anacleto; en adelante lo sucedido será visto como un crimen político. Sólo el cura tendrá acceso a un pedazo de la verdad cuando el sacristán, después de recibir un grave machetazo en pelea con la banda de Pío Quinto, confiese antes de morir la violenta forma en que acuchilló a Don Roque por orden y pago de otras personas.

El escenario ideado por Caballero es el mismo pueblo abandonado, pobre y violento al que acuden una y otra vez los escritores colombianos que se encargaron de retratar los acontecimientos de la época de la Violencia. Cambia el lugar por tratarse concretamente de Boyacá, pero los personajes son parecidos.⁹ No obstante, en su escogencia del cura como personaje principal y filtro explicativo de los hechos, la novela asume una considerable distancia con respecto a los textos anteriores, en términos de

complejidad narrativa.¹⁰ Los hechos, que como es obvio tratan sobre el conflicto entre liberales y conservadores, ya no son presentados a favor o en contra de un color político. El cura le representa a Caballero la posibilidad de narrar la forma en que se atacan unos a otros sin tomar partido. Sin querer simplificar la novela, el cura es, en estricto sentido, una metáfora de lo neutral. Además de enfocar la narración en un pueblo conservador que pretende el exterminio de sus liberales, Caballero retoma igualmente el comportamiento de la masa liberal y es reiterativo con respecto al parecido en su accionar: todos se enfrentan con los mismos infundados prejuicios. No existe una verdadera diferenciación entre partidos políticos más allá del color que los identifica. Lo que prima en el análisis es una visión desgarradora de la masa de campesinos: "...eran los siervos, los desposeídos, los miserables. Su tierra quedaba siempre expuesta al capricho de los caciques, que los echaban de ella cuando les venía en gana. Sus mujeres seguían cayendo derrengadas por la paliza dominical y el duro trabajo cotidiano. Sus hijos nacían hipotecados al patrón como los bueyes y los marranos. Sus hijas seguían sirviendo de criadas y meretrices a los amos."¹¹ Sufren, debido a que existen grandes hacendados que los hacen vivir en un feudalismo anacrónico. Sin tierra propia y trabajando toda la vida para obtenerla, los campesinos rinden tributo a sus señores en la total ignorancia e injusta explotación. Unas líneas más del libro ejemplifican a grandes rasgos la posición del autor: "Pero, por una fuerza de inercia que en el fondo no era sino miseria e ignorancia, los campesinos eran liberales si habían nacido en finca de Don Pío Quinto Flechas, en el páramo, y conservadores, si alguna vez recibieron cepo y latigazos en la hacienda de las Piraguas"¹² (apellido de Don Roque). Suerte o destino, nada que contribuya a aumentar más la sensación de incoherencia que recorre los motivos que se dan para hacer la guerra. Básicamente ardían en odio los unos a los otros según el lugar donde nacieran; las verdaderas similitudes, que eran muchas, empezando por la esclavitud y la ignorancia, poco importaban. No hay rasgos de ideología y

9 Concretamente la organización social del pueblo se asume en torno al poder del gamonal de turno, liberal o conservador, y a la Iglesia católica.

10 El uso del cura como filtro explicativo de la narración es una estrategia que Caballero comparte con dos textos que se analizarán en la parte final del trabajo: *La mala hora* de García Márquez, y *El día señalado* de Mejía Vallejo.

11 Caballero Calderón, *El Cristo de espaldas*, Barcelona, Editorial Destino, 1968, pág 52.

12 *Ibid*, pág 52.

el odio como detonante y razón de ser de la violencia se transmite por simple herencia familiar.

Pero ¿qué es lo que determina en realidad, el comportamiento de los campesinos? ¿Se puede pretender con absoluta seguridad que la suerte y el destino juegan un papel determinante en el desarrollo de los enfrentamientos o, por el contrario, existe un actor distinto al campesinado capaz de influir en el curso de la guerra? Esa es en parte la tesis que resulta de la obra de Caballero y si bien *El Cristo de espaldas* nos conduce en esa dirección manifestando su preocupación por la anacrónica estructura feudal que rige en la época, la novela *Siervo sin tierra* es un claro ejemplo del fenómeno.

El eje del relato lo constituyen las aventuras de Siervo Joya, campesino nuevamente de la región del departamento de Boyacá durante la época de la Violencia. Liberal de nacimiento, Siervo Joya tendrá como único objetivo en la novela trabajar para comprar un pedazo de tierra. Ambientada en un mundo cruel y primitivo, la novela da cuenta de la gran cantidad de injusticias que se cometen con el campesino ignorante, siervo en una inverosímil relación feudal con los señores del territorio. Un buen día Siervo Joya se ve inmiscuido en una extraña y turbia trifulca tras la cual asesina en defensa propia a un conservador de la región. Es entonces conducido a la cárcel por lo que abandona a su esposa Tránsito, su perro Emperador y su hijo Sacramento. Ya en la cárcel estallan los acontecimientos del 9 de abril y la turba liberal se impacienta tras la victoria de los conservadores en las elecciones y el asesinato de Gaitán. Siervo Joya aprovecha la oportunidad para escapar de la cárcel junto al resto de reos también liberales. Se inicia así el período de la persecución en el cual Siervo Joya será maltratado físicamente y en su honor de liberal. Un tiempo después, cuando parecen normalizarse las cosas y la gran mayoría del pueblo liberal ha abandonado sus casas atrincherándose en el monte, Siervo Joya logra convencer al señor Ramírez de venderle el pedazo de tierra que tanto ha querido y trabajado frente a un contrato de endeudamiento. Finalmente, muere en el camino hacia el rancho tras firmar los papeles.

A pesar de la llegada al poder de los conservadores en 1946, Siervo Joya y sus vecinos persisten en ser liberales. Cambiar de partido es una ofensa en la cual ninguno quiere incurrir. No importa que los persigan o torturen, la identidad se define a través de color político. Incluso antes de ser perseguidos los liberales ya practican con frenesí el odio y deseo de eliminación. Si bien liberales y conservadores son en la base el mismo campesino

ultrajado y pobre como bien lo describe Caballero, “Todos eran cortados con una misma tijera: tenían los mismos jipas mugrientos a la cabeza, las mismas ruanas piojosas sobre los hombros, los mismos calzones bordados de remiendos, pero entre ellos se olían, se distinguían y se atacaban como gozques de vecindario,”¹³ aun a pesar de eso, la idea de pertenencia a un partido le confiere a Siervo Joya la sensación de existencia. Probablemente de ahí emane la necesidad de superar y reducir al otro a su mínima expresión.

Sin odio no hay identidad en tanto esta es finalmente la misma para todos. Se ha querido creer que la diferencia tajante entre liberales y conservadores le concierne a la Iglesia y sin embargo, a pesar de la activa participación de ésta en ciertos bochornosos episodios relacionados con la persecución liberal, los liberales siguen formando parte de la colectividad católica. Ante la falta de ideología, buena es entonces la práctica del odio, un velo que oculta las similitudes y proyecta la sensación de diferencias. Odiando se es liberal o se es conservador. Sin odio no hay comunidad.

Si se reemplaza el enfoque utilizado anteriormente y se aboga por una diferenciación entre pobres y ricos, surge una sencilla forma de ver la relación de servidumbre en el interior de los partidos: dado que los hacendados y jefes más importantes son los que deciden a quién se le deja trabajar y cómo, al mismo tiempo condenan a sus empleados a sus propias decisiones políticas. El modelo de hacienda que describe Caballero conlleva la pérdida económica y política para los campesinos. Lejos de Boyacá, pero en el mismo momento histórico, la novela de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días*, nos propone la desafortunada historia de León María Lozano, humilde vendedor de libros y devoto seguidor de la Iglesia cristiana y el partido conservador. Tras salvar heroicamente el colegio de los salesianos del ataque de la *chusma* liberal del 9 de abril de 1948, Lozano empieza a convertirse en el dirigente del partido conservador de la zona, con ideas de extrema derecha. Vinculado a los congresos y reuniones de su partido, Lozano pasa a ser el jefe de toda una organización cuya meta consiste en asesinar individuos liberales. Por las calles de Tuluá empieza el desfile de cadáveres no identificados. La ciudad se convierte en un río de sangre sin

13 Caballero Calderón, *Siervo sin tierra*, Medellín, Bedout, 1978, pág. 101.

que las autoridades hagan algo por impedirlo. El poder del personaje crece hasta el punto en que es conocido a nivel nacional como uno de los dirigentes de mayor importancia; aparece ya a esta altura de la novela como el jefe de los *pájaros*. El final del relato ofrece una cruda narración sobre la cantidad de personas asesinadas por ser liberales o conservadores disidentes, incluso por no denunciar abiertamente sus preferencias políticas.

Central en la novela, la insistente descripción de los pájaros aporta nuevos matices al análisis del periodo. En sus inicios, los principales culpables de lo ocurrido son las elites conservadoras encargadas de convencer a León María Lozano de liderar los primeros asesinatos contra la población liberal. En ese sentido, el poder de influencia de las elites parece no tener límites. Sin embargo terminan por construir, sin que se sepa si conscientemente o no, un grupo totalmente sanguinario que desborda sus propias expectativas y plantea otro tipo de preguntas: ¿qué sentido tiene o tuvo imprimir sadismo en la ejecución de los señalados? ¿Con qué fin el uso de la crueldad y la tortura? Estas son las preguntas que habrá que responder, considerando además que los liberales si bien fueron asesinados no fueron los únicos. Y aun así, si se omite la muerte de liberales y se imagina la situación como una sucesión de torturas al conservador, ¿qué se puede expresar del odio conservador al liberal? O la explicación de la identidad conservadora entendida en términos de odio al liberal se revela falsa, o el odio esgrimido por la masa conservadora es incluso capaz de saltar por sobre la muerte. De la mano de Castilla del Pino la psiquiatría nuevamente podría ser útil: "...la muerte del odiado es, como la de cualquier otro objeto con el que estamos sentimentalmente vinculados, muerte del cuerpo odiado; su imagen, vive porque vivimos nosotros y en ocasiones perdura por el resto de nuestra vida."¹⁴

Ahora es también posible que las prácticas y acciones descarnadas se relacionen con un propósito definido: enviar un mensaje claramente disuasivo, generar pánico para así disminuir la brecha entre miembros de una y otra colectividad. Tuluá no tolerará la diferencia, como si se tratase de negros y blancos en el interior de un conflicto racial. En ese sentido el exceso en la violencia es funcional. El autor es igualmente enfático al sugerir la activa participación de un sentimiento para el cual podría elaborarse otro ensayo: el *miedo* en las clases dominantes.

14 Castilla del Pino, 2002, op.cit., pág 25.

Caricaturizando, el texto evoca el miedo a Gaitán y por eso supone que lo matan; miedo a la chusma que se crea tras el asesinato de Gaitán y por eso la creación de los pájaros; miedo al desbordamiento de las bandas de pájaros, incontrolables una vez ideadas para aniquilar y tal vez por ello el golpe de estado (pactado) con el que se cierra el telón de la novela y con él la partida de León María Lozano hacia Pereira; miedo al éxodo de campesinos hacia las ciudades que generan inseguridad y sensación de desasosiego en las capitales... Miedo que encarna en una actitud atrevida, soberbia y no menos violenta que la ostentada por el odio en las clases menos favorecidas.¹⁵ Así mismo, es claro que los aparatos diseñados por las elites para ejercer violencia con precisión y crueldad, caso de los pájaros, le generan miedo al individuo. Esto influye y determina tanto el sentimiento de odio como la comunidad que se crea a su alrededor.

Violencia urbana y bogotazos sin Gaitán

Hasta el momento nos hemos referido al plano de la violencia campesina desatada en los campos por cuestiones de persecución política y excesos asociados a las acciones delictivas policiales. A continuación ahondaremos en la violencia urbana (igualmente desatada, en algunos casos por la violencia rural y partidista) y en la figura, siempre reiterativa en las letras, del 9 de abril de 1948. Al respecto se han escrito una buena cantidad de novelas entre las que consideraremos *Detrás del rostro* y *La calle 10*, del médico y escritor Manuel Zapata Olivella, *El día del odio*, de Osorio Lizarazo y *La rebelión de las ratas*, de Fernando Soto Aparicio.

15 Al final, cuando teóricamente no hay de qué temer, Gardeazábal insiste en atribuirle la responsabilidad a las elites: "Todo empezó con el éxodo. Tuluá no fue la única que aportó la ruina. En las montañas no fue quedando con quien trabajar y en las poblaciones pequeñas la vida terminó lánguidamente. Las ciudades grandes se llenaron de un momento a otro de rostros entristecidos, marcados para siempre con el signo del terror, que terminaron apretujándose en castillos de mentira o en tugurios de cartón en las cañerías de las afueras. Tantos, y todos tan acongojados, que los dueños del poder por fin despertaron, y antes de que todo fuera hecatombe, los que acompañaban a los señores de Bogotá en sus banquetes de paz y en sus fotografías de lujo, decidieron invertir los papeles y decirle a los asesinos elegantes que su sangría ya había terminado porque ya no podían sus industrias y sus mujeres sostener a tanto refugiado y el porvenir económico del país estaba primero que la satisfacción política." *Cóndores no entierran todos los días*, Bogotá, Editorial Plaza y Janés, 1985, pág. 112.

La novela *Detrás del rostro* nos sirve como transición y ruptura al cambio que plantea considerar la violencia en términos de conflicto ciudadano. Además de actores diferentes nos enfrentamos a situaciones más complejas en donde el color político es sólo una de tantas variables.

El principio de la historia que narra Zapata Olivella tiene sus bases en el asesinato de una familia en el Tolima, región por la que transitaba Octavio quien recoge a un niño en apariencia abandonado y totalmente asustado: "No me maten. ¡Ya asesinaron a mis papacitos y a mis hermanos!"¹⁶ Tras esta trágica confesión que es más grito de auxilio, Octavio decide encargarse del niño a quien en adelante llamará Estanislao. Intenta igualmente brindarles un sepelio justo y digno a los padres y hermanos de Estanislao pero se topa con que el Gobierno se lo impide. El secretario de Gobierno, persona allegada a Octavio, le advierte: "...esos muertos deben ser enterrados en el mayor silencio o el Gobierno no garantizará su vida o la de su familia..."¹⁷ Decide entonces hablar con el cura, también amenazado por el Gobierno, y lo único que consigue es una total negativa a su petición. Estanislao por su parte termina por huir de la casa de Octavio ante una serie de problemas que se le presentan con la hija y es acá en donde inicia el relato de uno de tantos hijos que ha dado la violencia, el *gamín*. El conflicto político (la supuesta participación del Gobierno en el asesinato de una familia entera de campesinos) no se analiza entonces directamente en el momento específico en el que ocurrió. Lo que interesa al relato es lo que produjo, su efecto (el *gamín*) y la indiferencia de una sociedad nada preparada para encararlo.

Comparable con lo que podría ser la vida de un desplazado por la violencia en la sociedad colombiana actual, el *gamín* se convierte rápidamente en la injusta víctima de la situación. Atrás han quedado los verdes paisajes, el diario vivir se revela una tortura de cemento gris y días lluviosos. Empero, el odio no es un tema relevante en la novela. Lo poco que se le informa al lector con respecto al *gamín* lo convierte en una persona afectiva, luego es justo preguntarse, ¿qué pasa si tras una trágica e injusta situación el odio ni aflora ni es expresado? En otros términos, ¿qué sucede si se reprime el odio, si se lo confunde con cualquier otra sensación?

Es probable que sea imposible responder a esta pregunta por no ahondar en la psicología, sin embargo, se puede

sostener que implícitamente se le está confiriendo una función al odio. En efecto, como meta por alcanzar (en el caso de la venganza) o simple desespero, el odio mantiene al individuo alerta y dispuesto a una posible acción. No ocurre lo mismo con Estanislao quien además de terminar desadaptado ante el profundo cambio que el medio ciudadano y la violencia en el campo le representan, no tiene una comunidad a la cual adherir; un grupo que le canalice el sufrimiento hacia algún punto distinto de la soledad, el desespero y la introyección. A pesar de lo peligroso y contraproducente que pueda resultar, la comunidad le confiere al individuo que sobrevive a una matanza y es expulsado de su territorio la oportunidad de mirarse a sí mismo en un espejo. Para que una violenta acción no degenera en el desespero total del que sobrevive, se necesita la existencia de otros muchos sujetos como él dispuestos a unirse en comunidad bajo el himno articulador del odio.¹⁸

El tema de la indiferencia ciudadana es retomado nuevamente por Zapata Olivella en su novela *La calle 10*, pero en este caso las víctimas ya no son criaturas solitarias. El material de construcción es el pueblo mismo en el que se desarrolla la violencia urbana frente a la opulencia de sus clases dirigentes y los abusos coercitivos de una Policía tan o más viciosa que la descrita en *Cóndores no entierran todos los días*. La vida del sector conocido como *La plaza de mayo* es retratada con detalle. La miseria, el hambre, el horror, la rabia y la muerte nutren la vida del desafortunado sector de la ciudad. Existen dos personajes que le otorgan el hilo a la narración, un poeta socialista y un boxeador. En la primera parte de la novela, el boxeador es apuñalado por un misterioso individuo que presupone la presencia del Gobierno. Las 26 puñaladas desatan el caos y la segunda parte de la novela inicia así un Nueve de abril sin Gaitán. Incendios, saqueos y una cantidad inútil de muertos cierran la novela.

El mensaje es claro: se sembró la semilla de la indiferencia y se cosechó el odio y la sed de venganza. Una visión particular del bogotazo. A pesar de lo inútil del ejercicio de la revuelta (al día siguiente la situación es la misma), el autor no escatima adjetivos para situarse del lado de los desfavorecidos. La novela encierra el germen de la revolución y hace pensar que el odio es subversivo.

16 Manuel Zapata Olivella, *Detrás del rostro*, Madrid, Aguilar, 1963, pág. 42.

17 *Ibid*, pág. 61.

18 Es también viable y ciertamente preferible que individuos como Estanislao ingresen a comunidades no vengativas; sin embargo y esa es también la crítica a las ciudades, esto es poco probable dada la enorme indiferencia con que se asume la existencia de estas personas.

En ese ámbito del odio como combustible y detonante, José Antonio Lizarazo inscribe igualmente su novela-ensayo, *El día del odio*. El texto describe la desafortunada vida de Tránsito, campesina de Lenguaque, conducida por su madre a la capital para trabajar con una familia clase media que aspira al ascenso social. Un buen día la culpan de un robo que no cometió y es expulsada al terror de las calles bogotanas hacia los años 40. Empieza el suplicio para ella, violada inicialmente por un policía y conducida a la prostitución para sobrevivir. Víctima de las más nefastas influencias y en contacto con todos los parias de la capital, conoce a un delincuente (el Alacrán) que se ofrece a cuidarla con una extraña mezcla de cariño y abusos físicos. Entre el hambre y la chicha, Tránsito deja de ser la campesina inocente que llegara a la gran ciudad con esperanzas de un trabajo humilde. La novela termina en un grito de desorden y descomposición social total con el asesinato de Tránsito y el desarrollo de los hechos del bogotazo. Más que el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril que el libro esboza refiere al cansancio y estallido de odio del pueblo oprimido y sumido en la pobreza, circunstancias parecidas a las descritas por Zapata Olivella. Destaca en la novela la tajante división entre ricos y pobres. Prácticamente todo lo que se ha escrito sobre Gaitán y su figura como líder indiscutible del pueblo se materializa en esa maniqueísta visión del mundo. Dos temas en particular tejen la trama del relato: el papel de la chicha que envilece y enajena al pueblo al mismo tiempo que cataliza sus sufrimientos; los constantes abusos de la Policía. A pesar de no tener claras las razones que impulsan a destruir la ciudad, la masa se junta en una enloquecida total que en realidad es grito de odio contra la realidad que la rodea. Al prescindir de la importancia de Gaitán, se asume la necesidad del enfrentamiento: el odio sembrado y reproducido hasta el cansancio explota porque tiene que explotar, como si se tratara de un hecho irremediable. Para el indigente o campesino tradicional desfogar su necesidad de eliminación del objeto odiado en una ciudad es muy complicado. No se odia únicamente a los conservadores por obligar al éxodo, se odia a la Policía y sus abusos, al delincuente común, al violador, al indiferente... Brotan así algunas de las diferencias entre violencia urbana y rural. La violencia urbana se ejerce como espiral, salvo contadas excepciones (que son más milagros) la persona que ingresa no sólo nunca sale, sino que se hunde en una maraña de prácticas delictivas y costumbres borrosas que lo convierten rápidamente en un ser que la sociedad rechaza por principio. Que sea una prostituta o un gamín, a nadie se le ocurriría pensar que detrás de su

peligrosa fachada hubo en algún momento una historia con destino y futuro.

Ya para terminar con los bogotazos presentamos uno en que no hay ni ciudad ni Gaitán. Se trata de la novela *La rebelión de las ratas*, de Fernando Soto Aparicio. El libro recrea la trágica explotación de los mineros de la *Campaña Carbonera del Oriente*. Los hechos se tejen alrededor de las acciones de Rubicundo Cristancho quien llega al lugar de la mina en espera de un futuro mejor. No solo no lo consigue, sino que termina esclavizado de la peor manera por las directivas extranjeras de la compañía a cambio de un sueldo miserable que lo mantiene a él y su familia al borde de la muerte. En tan solo 19 días que dura la acción del relato, la familia de Cristancho sufre toda una serie de infortunios: su esposa aborta su tercer hijo, su hija abandona la familia con una especie de matarife de pueblo y su hijo de doce años conoce por primera vez la cárcel. Cristancho por su parte se une al resto de mineros para iniciar una huelga que termina con la irrupción de la Policía (la misma que en opinión del autor desató la Violencia en Colombia) y la vuelta a la rutina del insoportable trabajo so pena de una acción represiva. Finalmente los mineros se deciden por una segunda protesta y al calor de la chicha y la cerveza, lo que inicia como una organización formal de trabajadores en busca de mejores condiciones de trabajo, termina en un bogotazo sin ciudad para incendiar, pero con las mismas características de desorden, resentimiento y destrucción. En síntesis, el odio es desde la perspectiva de estas obras literarias un detonante, una chispa capaz de revertir el orden social. Ninguno de los autores considerados esconde su abierta actitud pro revolucionaria. El odio, retomando al filósofo Ernst Fisher, "es en ocasiones justificado, un odio que nace de la ira provocada por la injusticia, la crueldad, el abuso del poder."¹⁹ Casi una necesidad en tanto que fuerza histórica, a pesar del fracaso que suponen, en términos de cambio sustancial, los bogotazos evocados, y el verdadero.

Violencia como institución, y odio a través de las instituciones: *La mala hora* y *El día señalado*

La mala hora, de Gabriel García Márquez y *El día señalado*, de Manuel Mejía Vallejo, nos plantean dos temas fundamentales: la institucionalización de la violencia, y el odio a partir de las instituciones.

19 Ernst Fischer, "Por un rostro humano del socialismo", en Hasler, 1969, op.cit., pág. 32.

La mala hora transcurre en un pueblo que intenta restablecer el orden a través del terror bajo el poder de Rojas Pinilla. Una desafortunada noche los primeros pasquines (especies de chismorreos de pueblo donde se da cuenta de las andanzas, tropiezos...de los habitantes) aparecen en algunas puertas. El que llega a César Montero lo insita a asesinar a Pastor, el músico del pueblo. Los pasquines se multiplican y siembran la discordia entre familias, reanimando odios, reviviendo en la memoria rabias y crímenes cometidos en el pasado. El cura Angel, en principio indiferente, se reúne con el alcalde y lo persuade a tomar medidas de seguridad frente a este "*caso de terrorismo en el orden moral*". Nada logra que los pasquines dejen de proliferar. El alcalde decide volver a la represión. La paz transitoria e irreal termina y el pueblo vuelve a su infierno cotidiano.

El relato se sitúa en un paraje distinto del clásico Macondo usado por el autor.²⁰ Las acciones ocurren un hipotético año después de las persecuciones, cuando el estado de sitio sigue vigente en la mayoría del país. Sin hacerla explícita, la violencia asume un carácter cotidiano, como si fuese una institución. El odio ante la represión del pasado ha instalado una turbia actitud en los habitantes: no sienten verdadero miedo, no corren a esconderse y, por el contrario, practican un metódico ejercicio de oposición clandestina.

En opinión de Gustavo Cobo Borda, "Los chismes, en *La Hojarasca*, como los pasquines en *La mala hora*, como las papeluchas en *el General en su laberinto* dispersan la presión de la caldera social pero a la vez difunden la malevolencia y sacan a la luz la ignominia de tantos conflictos, sociales, políticos, o sexuales."²¹ Así, frente al padre y su creencia en una moral tradicional y digna se cocina una verdadera descomposición social. Los pasquines son sólo el detonante de algo que no podía tardar mucho tiempo: los nexos comunitarios se pierden, la razón de ser de ese orden social basado en una moral única y distinguible ha llegado a un punto de quiebre definitivo. Es la pérdida total de colaboración entre miembros de una misma comunidad y lo viene a ratificar Casandra, la adivina del pasajero circo que le anuncia al alcalde con respecto a la autoridad de los pasquines: son todos y ninguno.

Evidentemente que todos saben, pero no hacen nada para evitarlo; en el fondo ese es el objetivo, demostrar que no hay paz, que la aparente tensión tiene sus razones de ser y el teatro pacifista montado por el gobierno autoritario debe llegar a su fin.

No obstante la moral retardataria, la violencia y el odio juegan un papel importante en la ruptura de los nexos comunitarios. Se institucionalizó la violencia hasta el hartazgo. El odio explota como lo hace en otras novelas, no puede permanecer estancado y al margen de la opresión por mucho tiempo. Aquí es incluso a través del mismo que la oposición se gesta hasta convertirse en una nueva comunidad y como siempre, una comunidad de odio y al servicio de las guerrillas pero al margen de aquellos que no profesan la misma necesidad de exterminio de la otredad o del ser odiado. Difícilmente pueden seguir coexistiendo en el pueblo opositores y colaboradores.

La mala hora es un libro de homenaje a la oposición. El odio, más que diferenciar conservadores de liberales, traza líneas recordatorias. Cumple el papel de memoria, otorga la posibilidad de resistencia. Por lo demás, constituye un ejemplar único en términos literarios: sin necesidad de asfixiantes descripciones que en su recorrido salpican sangre, trasmite con maestría y humor la tensión política de los años 50. Episodios como el del dentista y el alcalde, por ejemplo, le hicieron falta a la literatura del momento: con pocas palabras, García Márquez condensa en el dolor de una muela el significado político de una época.

El día señalado es por su parte un registro literario más tenebroso y directamente violento. En un dantesco territorio denominado Tambo se desarrolla la vida de un pueblo asustado y sitiado por la guerra de la Violencia. Varias historias confluyen en la narración, desde la llegada de un nuevo cura que intenta cambiar las actitudes de los habitantes, hasta el relato de un joven gallero que inicia un viaje hacia Tambo en busca de su padre (que resulta ser el gamonal del pueblo), al cual tiene por enemigo y piensa asesinar. Entre historias se da cuenta de la lucha entre guerrilleros atrincherados en el páramo y militares que cuidan y a la vez esclavizan al pueblo dejándolo sin hombres. En un contexto de violencia institucionalizada y sin sentido, de odios y rencores fundados en matanzas, la misión del cura fracasa debido a la irrupción de la guerrilla en el pueblo. El gallero encuentra a su padre y le perdona la vida tras su victoria en un combate eminentemente metafórico entre su gallo y el del gamonal.

Imagen central de la novela y elemento sumamente perturbador para el lector, Mejía Vallejo presenta la figura del enterrador, el encargado de cavar huecos para los

20 Junto a *La mala hora*, la única otra obra que no parece tener por espacio el pueblo bananero de Macondo sería *El coronel no tiene quien le escriba*.

21 Gustavo Cobo Borda, "Cultura y violencia a través de la obra de Gabriel García Márquez", en *Repertorio crítico sobre García Márquez*, tomo 1, serie La granada entreabierta, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993, pág. 230.

constantes cadáveres que se registran en el pueblo. Independientemente de su macabra función, el enterrador es además un hombre con un triste pasado: los militares del pueblo asesinaron a su esposa y lo hicieron huir del campo con su hijo. En permanente acecho, el enterrador está presente en la mayoría de la obra, emitiendo extrañas amenazas en particular al sargento de los militares y al cojo Chútez, gamonal del pueblo. El personaje del sargento es a su vez la representación de la represión y el infinito odio hacia los guerrilleros. De semblanza fuerte y postura altiva, su devoción hacia la milicia es total. Junto al cojo Chútez, los dos personajes manejan a su antojo el pueblo. El relato no escatima ingredientes que puedan emanar violencia y odio; todos murmuran y al mismo tiempo temen, convirtiendo el miedo en una tortura del diario vivir. La posición hacia los militares resulta sumamente ambigua en tanto el pueblo los percibe como culpables, pero el narrador no los condena. Al final del relato, en el momento en que los militares pierden una batalla tras caer en una emboscada en el páramo, organizada por el enterrador, el sargento surge como un personaje que infunde respeto y admiración en el pueblo. Los guerrilleros son igualmente ideados como elementos que aglutinan las esperanzas del pueblo, pero al hacer su irrupción, el día señalado, el desorden es tal que de cualquier manera el lector no encuentra mayores razones para identificarse con ellos. De hecho, la figura del líder Pedro Canal no pasa de ser autoritaria y evidentemente brusca hasta el cansancio. Aun así el miedo que ocasionan los militares es superior a las ilusiones que la guerrilla representa. Entre los muchos tipos de odio que la novela plantea, uno, en especial, atrae la atención: el odio en la institución militar. Salvo el sargento, ninguno de los soldados expresa en un principio un verdadero odio o resentimiento hacia la guerrilla y, sin embargo, son todos víctimas de un adoctrinamiento supremamente efectivo. El ejercicio militar, además de ser en el relato uno de los grandes detonadores de excesos e injusticias, enseña a odiar. Entendidas como comunidad, la institución militar y la guerrilla se cohesionan respectivamente ante la existencia de un enemigo común. En conclusión, las comunidades se enfrentan hasta eliminarse mutuamente pues no pueden coexistir en paz cimentadas en el odio.

Consideraciones finales

El trabajo se inició con la pregunta por el papel de los sentimientos en el ejercicio de la política y si bien no fue riguroso y, por el contrario sólo el odio fue fruto de

atención, es posible concluir que durante el período de la Violencia, la política, más que un ejercicio netamente racional, se erigió como una racionalización del odio con miras a la política.

El concepto mismo de comunidad se reveló pertinente en tanto que ayudó a esclarecer la dinámica del odio colectivo. Así, la narrativa de la época de la Violencia además de actores, postula comunidades cimentadas en el odio. Aun si se desconoce la verdadera génesis del odio en el interior de cada comunidad, el conflicto partidista, la formación de guerrillas y la represión militar, son fácilmente abordables bajo el mismo esquema de comunidad del odio.

La base de la comunidad es entonces el odio y de ahí lo hermética y funcional de su estructura. Casos concretos como el del partido liberal o conservador, llevan incluso a hablar de identidad entendida a través del odio. Se aprende a odiar y con base en ello se construye un significado del otro. Así mismo, se da una construcción social del odio por cuanto existen instituciones (llámense partidos políticos, Iglesia, milicia o guerrilla) que lo socializan.

Por otra parte, el odio puede ayudar a interpretar las enormes diferencias que hay entre violencia urbana y violencia rural. En lo rural la comunidad o más específicamente la guerrilla se revela funcional a pesar de estar forjada en el odio. No es claro si éste (el odio) es el resultado de distintas acciones o el punto de partida, pero los hechos narrados le confieren un papel fundacional. Así, donde no hay esperanzas y la violencia partidista o los excesos gubernamentales han arrasado con la identidad campesina, el odio deviene un factor de cohesión y reordenamiento. En ese sentido, cumple con una función social. No ocurre lo mismo en la ciudad por las mismas características a las que se enfrenta el campesino o indigente que vive en la calle. No hay un registro literario claro que haga pensar en una comunidad de pobres porque a pesar de compartir el odio hacia las elites y su indiferencia, la noción misma de comunidad se ve embestida por innumerables vicios y taras que imposibilitan la unión. Así, la violencia urbana se constituye, como bien lo esboza Zapata Olivilla, en un ciclo sin salida. Los esfuerzos narrativos ideados por algunos escritores para convertir el bogotazo en una revolución no pasan de ser meros esfuerzos. La realidad social en la que están inmersos sus personajes atestigua la verdadera envergadura del conflicto. En la ciudad, el odio es tan solo una de tantas emociones negativas.

Para terminar, un artículo de Ignacio Echevarría, titulado *El odio: una pasión moderna*, ayuda a contextualizar el odio más allá de la literatura y la psiquiatría. Sostiene Echevarría

que "...cabría postular que en la formación de los pueblos y de las naciones, o más generalmente de los grupos sociales, el odio desempeña un papel inmemorial comparable al que desempeña en la construcción de la autoconciencia individual."²² Así, el odio, además de esencial para la identidad en el plano individual, en términos históricos ha jugado un papel preponderante en la conformación de los distintos pueblos. Ocurre entonces que en Colombia, la construcción social de un orden inacabado, conflictivo y, rara vez armonioso, se ha desarrollado en buena medida a través del odio. Lo político en la época de la Violencia vendría a ser, además de la violencia como lo sostiene Pécaut,²³ el odio y la venganza.

Bibliografía:

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo, *Cóndores no entierran todos los días*, Bogotá, Editorial Plaza y Janés, 1985.
- Caballero Calderón, Eduardo, *Siervo sin tierra*, Medellín, Bedout, 1978.
- Caballero Calderón, Eduardo, *El cristo de espaldas*, Barcelona, Editorial Destino, 1968.
- Caicedo Daniel, *Viento seco*, Buenos Aires, Nuestra América, 1954.
- Castilla del Pino, Carlos, *El odio*, Barcelona, Tusquets Editores, 2002.
- Cobo Borda, Gustavo, "Cultura y violencia a través de la obra de Gabriel García Márquez", en *Repertorio crítico sobre García Márquez*, Tomo 1, serie La granada entreabierta, Santafé de Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- García Márquez, Gabriel, *La mala hora*, México, Ediciones Era, 1966.
- Hasler, Alfred, *El odio en el mundo actual*, Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- León Herrera, Ernesto, *Lo que el cielo no perdona*, Bogotá, Editorial Argra, 1954.
- Lizarazo, José Antonio, *El día del odio*, Bogotá, El Áncora Editores, 1998.
- Mejía Vallejo, Manuel, *El día señalado*, Barcelona, Ediciones Destino, 1964.
- Ortega y Gasset, José, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Revista de Occidente, 1961.
- Pécaut, Daniel, Orden y Violencia, *Evolución sociopolítica de Colombia 1930-1943*, Bogotá, Editorial Norma, 2001.
- Soto Aparicio, Fernando, *La rebelión de las ratas*, Barcelona, Plaza y Janés, 1962.
- Zapata Olivilla, Manuel, *Detrás del rostro*, Madrid, Aguilar, 1963.
- Zapata Olivilla Manuel, *La calle 10*, Bogotá, Ediciones Casa de la Cultura, 1960.

22 Ignacio Echavarría, "El odio: una pasión moderna", en Hasler, 1969, op.cit., pág. 84.

23 Daniel Pécaut, Orden y Violencia, *Evolución sociopolítica de Colombia 1930-1943*, Bogotá, Editorial Norma, 2001.